

La sociedad cubana tras los noventa: identidad y vida cotidiana

Wilder Pérez

Pensar las nuevas condiciones que se conformaron en la sociedad cubana de los noventa, lejos de ser un gesto retrospectivo, significa abordar una situación que en lo fundamental permanece actual.

Dentro de tal situación, los vínculos entre los contenidos de una identidad nacional que se reconfigura y los de una cotidianidad duramente embestida por la mayor crisis que ha debido enfrentar nuestra sociedad desde el triunfo revolucionario, no han aparecido, salvo excepción, como evidentes a quienes han tomado parte en el debate identitario desde principios de aquella década.

Si bien estas líneas pretenden abordar este olvido, no podemos soslayar ciertas consideraciones teóricas en aras de esclarecer el uso que haremos, en particular, del concepto de vida cotidiana.

La acción cultural homogeneizadora del actual proceso globalizador y el embate aparejado de cambios presentados como inevitables han servido de ocasión propicia para reevaluar el papel de lo particular, de lo específico, sea como espacio de refugio y resistencia, o como fuente de posibles alternativas.

La noción de vida cotidiana ha sido uno de los recursos a que ha apelado dicho movimiento. Este concepto ostenta una suerte de atipicidad como resultado de una historia de relegaciones padecidas en el seno de las disciplinas sociales. La impronta crítica que, en los inicios de la modernidad, fue otorgada al sentido común en el desmembramiento de la escolástica, halló nuevas oportunidades de expresión en las primeras décadas del siglo XX.

La universalidad y objetividad que, como premisas de las disciplinas sociales, han conllevado tanto a la naturalización de las relaciones sociales – es decir, a la legitimación del orden dominante – como a la parcelación de tales relaciones en dominios discretos de saber, no podían adjudicarse sin más un concepto erigido sobre la base de sus limitaciones.

El mundo cotidiano emergió como rescate de lo intersubjetivo, de lo propiamente humano, como parte de una tradición que procuraba sustraerse a un saber cosificante que atendía al comportamiento de las grandes estructuras. Más allá de las diferencias que ha sufrido su empleo, ha conservado una mirada hacia el modo en que interactúan los individuos en contextos específicos, y hacia la consiguiente producción de un espacio en que la influencia del orden social resulta mediada, intervenida, por la acción recíproca de sus subjetividades.

La vida cotidiana ha devenido entonces en conjunto heterogéneo de prácticas sociales que comprenden el transcurso vital de los individuos, su constitución como sujetos psíquicos y como actores sociales; en la imagen naturalizada de tales prácticas, expresada en representaciones que conforman el sentido común de una sociedad particular; en espacio, en fin, donde se disputa la hegemonía del orden dominante.

Este último empleo ha sido resultado del intento más consecuente desde una perspectiva que, lejos de obviar la consideración del conjunto de la sociedad, ha reformulado el concepto como

herramienta capaz de develar los mecanismos por los que se ejerce y se hace efectiva la dominación, o como piedra angular en la conformación de una sociedad alternativa al sistema capitalista.

El modo en que los individuos (re)producen, de forma inmediata, las condiciones tanto espirituales como materiales de su existencia, y, por medio de otras prácticas y de sus productos, la sociedad como un todo, fue objeto de la atención de un conjunto de pensadores fundamentalmente de orientación marxista, que labraron el camino para analizar la cotidianidad como espacio articulador de las subjetividades individuales y de las grandes formaciones sociales.

Finalmente, la participación de los individuos en las diversas prácticas sociales que integran su cotidianidad involucra procesos de subjetivación, es decir, de identificaciones – y por tanto, diferenciaciones – con roles y sentidos contenidos en los vínculos intersubjetivos que despliegan tales prácticas. Sin embargo, las identidades sociales no comprenden únicamente un conjunto de identidades subjetivas individuales, sino identidades genéricas o colectivas conformadas a partir de relaciones sociales más inclusivas, de los posicionamientos objetivos que los vínculos intersubjetivos producen, mas rebasando el nivel de estos.

Así explicitadas las connotaciones generales de la cotidianidad que hemos asumido, nos hallamos en posición de intentar ilustrar su importancia para el tratamiento de lo cubano en las condiciones actuales de nuestra sociedad.

Pocos acontecimientos como la revolución de liberación nacional – y en corto tiempo socialista – triunfante de 1959 han incidido tan decisivamente en la conformación de nuestra conciencia nacional. No sólo por haber consumado la superación de una historia de enfrentamientos a diversas condiciones de supeditación nacional, sino, sobre todo, por haber hecho efectiva la participación democrática en todo el ámbito de la existencia social vinculada al Estado. La radicalización del proyecto social junto a la de la mayoría de la población participante en su realización fue consecuencia de una socialización del poder sin precedentes, de una transformación de la política en práctica cotidiana organizada que condujo no sólo a niveles inéditos de cohesión social, sino, en el plano simbólico, a la identificación de lo nacional con el socialismo.

Ni siquiera el proceso de burocratización institucional y de estatización de los espacios sociales incrementado en la década siguiente, junto a una relativa ideologización soviétizante que en no pocos ámbitos subordinó lo nacional, pusieron en riesgo el consenso popular en torno al proyecto socialista cuyos logros formaban parte de la cotidianidad renovada, de individuos que habían hecho suyos los valores de justicia e igualdad sociales.

Sin embargo, ya a fines de la década de los 80, bajo el impulso del proceso de *rectificación de errores y tendencias negativas*, algunos estudios mostraban síntomas de agotamiento del modelo adoptado, entre los cuales aparecían disociaciones entre lo cotidiano y lo cívico que habrían de incrementarse en los años inmediatamente posteriores a 1990.

Este año marca el inicio de una crisis económica de tal magnitud que arrastró consigo a una buena parte de las instituciones de nuestra sociedad, y que, junto a las medidas implementadas a fin de procurar la re inserción del país a los nuevos escenarios del mercado internacional, habrían de provocar la segunda gran transformación de la vida cotidiana en tiempos de la revolución.

El desplome del campo socialista no sólo implicó inmensas carencias materiales y sometió al país a una resistencia desesperada en una situación de general incertidumbre respecto a su existencia y proyección futura, sino que conllevó al descrédito de un sistema político y de su

marco referencial. El imperativo de transformar las bases ideológicas del proyecto social condujo, desde el IV Congreso del Partido, hacia una apertura de los componentes de la cohesión social y a una activa revaloración de lo nacional, expresada en los cambios e incrementos de investigaciones y órganos de publicación.

Como quiera que el embate de la crisis no afectara del mismo a todo el cuerpo social, la relativa homogeneización de décadas anteriores se quebrantó, no sólo ante la diversificación de la composición clasista y la emergencia de nuevas relaciones (de propiedad, mercantiles, laborales) y de actores sociales, sino ante la polarización territorial de las posibilidades de recuperación. Desigualdades que devienen más irreparables debido a las limitaciones conceptuales y de recursos del Estado para compensarlas con una adecuada política redistributiva, y a la insuficiente descentralización y promoción de opciones y mecanismos locales de autogestión.

Las esferas de relaciones más comúnmente adjudicadas a la cotidianidad, la familiar y la laboral, han resultado ampliamente afectadas en su estructura, funciones y dinámica.

La agudización de las carencias materiales ha producido un incremento inusitado de la función económica de la familia en detrimento de otras (educativas, culturales, reproductivas), además de una mayor diversificación de su composición y el surgimiento de nuevos elementos diferenciadores vinculados al ingreso (laboral o extralaboral).

La redistribución del empleo y la fuerza laboral a causa de la diferenciación de espacios económicos con desigualdad de posibilidades, ha redundado, por su parte, en el surgimiento de nuevos actores laborales, al tiempo que la reducción del poder adquisitivo del salario ha afectado seriamente el acceso de parte de la población – vinculada por lo general al sector estatal tradicional - al consumo de bienes y servicios, conduciendo a la aparición de indicadores reales de pobreza. Con esta situación ha convergido la devaluación del trabajo en aquel y otros sectores, la diversificación de vías y tipos de ingresos, el incremento del rol de la economía sumergida y la reformulación de proyectos de vida en pos de garantizar las condiciones básicas de subsistencia.

Tal reestructuración de relaciones sociales ha afectado la subjetividad de los individuos de manera tal que dicho impacto ha sido concebido como una doble escisión: por un lado, entre las necesidades que regulan las actividades cotidianas y sus posibilidades de satisfacción, y entre las nuevas experiencias de vida y los viejos referentes cognoscitivos, valorativos y conductuales, por otro.

Ante esta crisis funcional de la cotidianidad los individuos y grupos sociales han puesto en práctica una amplia gama de estrategias adaptativas, sucesivas o simultáneas, que muestran la actual diversificación del repertorio de valores y conductas que componen nuestro entramado social, matizado por diferencias generacionales y por el impacto de referentes culturales foráneos. De cualquier modo, el compromiso circunstancial de algunas de tales estrategias con un marco de ilegalidad reclama la intervención de políticas sociales encaminadas a modificar las condiciones que las han generado, por medio de la promoción de vías locales de autogestión, de la revalorización del trabajo, de la legalización de algunas de tales actividades.

En tales condiciones de asimetría y diversificación sociales han resurgido viejas relegaciones culturales que el efecto conjunto de las políticas y medidas de amplio espectro social y de los imperativos de unidad nacional había hecho suponer sepultadas. Sin embargo, los noventa mostraron que la historia de subordinación de ciertos grupos sociales – como los negros y las mujeres – se había prolongado en formas de reproducciones valorativas y prácticas que decidieron su mayor vulnerabilidad al embate de la crisis. Desde entonces se ha alzado un reclamo cada vez más perentorio hacia la supresión de las condiciones que perpetúan su

desventaja social, lo cual implica una impugnación a las formas discriminatorias arraigadas en la composición cultural de nuestra identidad.

De manera simultánea, la incidencia de otros grupos en la composición de lo cubano y en la rearticulación de las relaciones sociales ha adquirido una mayor visibilidad tras el surgimiento, ampliación y diversificación de prácticas y espacios asociativos de índole religiosa.

El conjunto de estas consideraciones apuntan, como hemos observado, hacia la necesidad de redefinir el papel de la participación popular como condición necesaria para posicionar a la comunidad, con su actual diversidad de actores sociales, en calidad de instancia principal de gestión y control del cambio social, respecto a los elementos que afectan su vida cotidiana, y como punto de partida para su intervención política más allá del ámbito local.

El desafío reside entonces, por un lado, en tornar compatibles las atribuciones y la función de promotor y salvaguarda de la cohesión política de la nación por parte de un poder centralizado, con las demandas hacia la descentralización decisional y hacia la búsqueda de opciones autogestoras de (re)producción material y simbólica; y por otro, en fomentar un proyecto social capaz de proponer un sentido y finalidad convergentes a los diversos grupos sociales portadores de una pluralidad cultural que reelaboran hoy las determinaciones de lo cubano.